



## DE CÒMO ENTRE LAS PROSPERIDADES NUESTRAS

FIGURAN LAS ACEITUNAS

---

**E**STA época de paz es deliciosa: la oliva simbólica está llena de aceitunas y nosotros las saboreamos, no solo como aperitivo, sinó como el manjar por excelencia; y hemos tomado tan á pecho la cuestión de devorar esos frutos, que todo lo que nos rodea nos parece aceitunas, y vamos un día de estos á devorarnos los unos á los otros.  
¿Qué cosa es una quincena bien pagada,

sinó un fruto de la paz? quiere decir, no una oliva simplemente, sinó una aceituna. Hay quincenas dobles que valen por dos aceitunas, y hay negocios que son un tarro de aceitunas reinas, conservadas en su propio jugo.

Esos vestidos de raso oro viejo que no soñaron ponerse nunca algunas gentes en tiempo de las revoluciones ¿qué son ahora sino frutos de paz, aceitunas mondas y lirondas; y no así como quiera, sinó aceitunas conservadas en la Tesorería por Pancho Espinosa

¿Porqué se despueblan los barrios de Madrid, y empalaga el gazpacho á esas señoras, y emigran, y se embarcan y se marcean? todo por venir á participar de nuestras aceitunas.

¿Y qué devoran la Théo y la Derivis y la compañía toda, con Grau á la cabeza, y qué significación tienen los veinte reales de una luneta en el Nacional y diez en Arbeu y un peso en el circo si no la abundancia de aceitunas?

¿Qué se entiende por gozar de la paz? no es simplemente estarse quieto; porque eso es fastidioso; ni conformarse solo con la idea de la paz: eso es muy platónico. Y luego que todo debe ser lógico y encadenarse en un orden riguroso. La paz es una cosa buena, y ya se había hecho esperar demasiado; estábamos sedientos de paz, y esta sed nos honra, y la paz se hace: y aquí estamos nosotros para festejarla. Concíbese una fiesta sin comestibles, una noche buena sin cacahuates. Sería esto tan imposible como figurarse una paz sin frutos, ó una oliva sin aceitunas.

Estamos, pues, en nuestro perfecto derecho de devorar y consumir estos frutos de la paz nuestra, de nuestra exclusiva propiedad. Si los frutos de la paz no fueran simplemente aceitunas, sino orden por ejemplo, administración, economía, etc., esta sería la ocasión de cultivar la oliva y abonar el terreno y limpiar el tronco y podar las ramas para preparar las aceitunas del porvenir; pero vaya V. á meterse en

esas honduras, precisamente en los momentos en que las ramas de la oliva se están viniendo abajo de aceitunas maduras. No señor, ya hemos dicho que teníamos sed de paz y hambre de aceitunas; que esa sed nos honra y que esta hambre es un fenómeno fisiológico que no encontrará ningún opositor serio.

Ahora, en cuanto á la calidad de las aceitunas, nada tenemos que averiguar; ellas están buenas y maduras y se han dado en nuestro territorio, en nuestro árbol y nada importa que algunos meticulosos y de paladar delicado les noten cierto saborcillo á yankee; esa es cuestión de gusto. Nosotros las comemos y nos parecen buenas.

Vaya V. á introducir el orden en un pueblo al que se le ha pasado la hora de comer. El hambre es como el pánico, no conoce freno en ciertos momentos, y es muy disculpable, por lo tanto, si á la hora de comer deja de ser previsiva y de guardar la compostura debida.

Muy disculpable es el ayuntamiento por

ejemplo, si se entusiasma con las aceitunas y al dulce rumor de las palabras paz, abundancia, aceitunas, embellecimiento de la capital etc., se olvida un momento de las atargeas, una cosa tan súcia, por cambiar de sitio el mercado de flores, y por hacer una función de premios muy rumbosa á los muchachos de sus escuelas.

El ayuntamiento gastó un día diez mil pesos en ese mercado; pero eso fué porque le pasó una cosa que no saben nuestros lectores. Impresionado por la lectura de no sé qué poesías, se fijó en las indias que vendían flores, poniéndolas en el suelo. ¡Vdes. dirán! las rosas y las azucenas en el empedrado! Este es motivo más que suficiente para enternecer no sólo á un regidor, sino á un poeta.

Tan conmovido como deben Vds. suponerse, llegó á cabildo el regidor aquel, y casi llorando pronunció un discurso sobre las azucenas, sobre las indias y sobre el lodo de las banquetas. Los regidores se dejaron arrebatar por la elocuencia ciceroniana de su

colega, y aunque hubo díscolos que se atreviesen á hablar en aquellos momentos de atargeas y empedrados, en medio de aquella atmósfera de poesías que asfixiaba á la corporación, las flores, las indias y el regidor triunfaron, como triunfa siempre la inocencia, y se votó el gasto.

La gente sensata que no había oído las flores ni las indias creyó, y con razón, que en nuestra plaza mayor, limitada por la catedral y por dos palacios no debe levantarse ninguna construcción, excepto la proyectada columna de la independencia; que cualquiera construcción, sobre aparecer mezquina, obstruirá la plaza, evitando que la vista se espacie en su área, que es su primer mérito.

Pero todas estas razones venían abajo ante este argumento sin réplica: las aceitunas.

Procedió pues el ayuntamiento á levantar un zócalo de piedra que hubiera durado mil años, y colocó encima un kiosko, tejavan, ó como se llame, de hierro puro, que es tan

barato en México, y metió adentro á las indias con todo y flores. Yo no sé si hubo discursos oficiales ese día y banquete, pero el ayuntamiento se salió con la suya y encerró á las indias en jaula de hierro.

Le sucedió á poco á aquella jaula lo que le sucede á todas nuestras cosas: cayó en desuso y las indias se fueron saliendo poco á poco, hasta que últimamente presentaban la jaula, las flores y las indias este orden. Dentro de la jaula, ó como se le llamaba pomposamente el mercado de flores, había diez indias vendedoras y algunas más de acompañamiento tomando la sombra saludable de aquel edificio; y diseminadas desde las gradas del mercado hasta la calzada ó crucero que conduce á la calle de Plateros, unas sesenta á setenta vendedoras, ¡ingratas! poniendo las azucenas y las rosas en la dura piedra.

De manera que el ayuntamiento gastó diez mil pesos en alojar diez indias, y dejó en pie el mal que aparentemente quiso evitar: el de poner las flores en el suelo. Todo

quedó peor que antes, y un señor muy amigo de los regidores me dijo un día lleno de un orgullo patriótico y casi espartano:

—Hé aquí los frutos de la paz!!

—De las aceitunas, agregué.

—Cabal! exclamó el señor; la paz es la oliva y los frutos de la oliva son las aceitunas. Qué chistoso es V. señor Facundo.

El éxito del mercado de flores hubiera bastado para no volver á acordarse del mal empleo de esos diez mil pesos. Pero siguió la pasión á las flores causando graves inquietudes entre los ediles, y discurrieron gastar otros siete mil para pasarlo al jardín del atrio, y hacerlo redondo como plaza de gallos. Allí quedará peor, porque en el jardín ó parque que rodea un gran edificio no deben levantarse construcciones de ese género; porque su capacidad no bastará á contener la afluencia de vendedoras de ramilletes, y habrán éstas de diseminarse por los alrededores, poniendo de manifiesto la inutilidad de la medida y del gasto.

¡Cuanto más bien empleados hubieran

estado esos diez y siete mil pesos en losas para las banquetas.

El gobierno del Distrito en su discurso al nuevo ayuntamiento ha dado un informe exacto, juicioso y razonado del estado actual del municipio; informe que hace honor á este funcionario por el acierto con que trata los asuntos municipales. Desearíamos que el nuevo ayuntamiento se cuide un poco menos del mercado de flores, y no caiga en la tentación de trasladarlo al Seminario dándole otra forma.

\*  
\* \*

Prescindiendo de nuestro amor á las aceitunas ¿se trata seriamente de dar algunos pasos en el sentido del adelanto material? Fijémonos en nuestro pueblo y en sus costumbres, en su incuria y su desaseo; consideremos el espectáculo que presenta ante el ojo observador del extranjero; y puesto que la civilización se difunde partiendo de las clases más ilustradas, intentemos difun-

dir la ilustración en esas masas. Dicen que el indio es indolente y refractario á la civilización y que su melancolía y su abandono son incorregibles. Este modo de sér del indio tiene muchas razones; pero la que nos incumbe más directamente es ésta: que no le hacemos caso.

El contacto de la gente de las aldeas y pueblos circunvecinos con la capital debe traerle necesariamente cierta dosis de ilustración; pero este adelanto no se verifica en las proporciones que sería de desearse, porque, según nuestro sistema y el abandono con que hemos visto la cuestión, el indio viene á la capital á obrar como quiere, según sus costumbres y lejos de aprender algo nos impone sus usos y los toleramos sin tratar de enseñarlo.

El comercio de mercado es el motivo de contacto del indio con la capital. Nuestro mercado del Volador junto á Palacio es el borrón más repugnante que puede encontrarse en una capital; es el resabio más deshonesto que puede tolerar una corpo-

ración municipal ilustrada; su forma y condiciones son las menos á propósito para conservarlo limpio, y como el mercado es el teatro y la escuela del indio ¿qué puede aprender en el nuestro, sino á seguir siendo sucio y á no respetar ni el decoro, ni la compostura que el público merece? Debemos convenir en que vender frutas y comestibles en el suelo es la manera más primitiva y más inculta de vender; la más incómoda para el comprador, y la que menos se concilia con el aséo y el orden. Las calles del mercado deben estar enlozadas y limitadas á uno y otro lado por mostradores altos y por aparadores para colocar la fruta y las legumbres, prohibiendo toda venta en el suelo y prohibiendo arrojar cáscaras y basuras en el tránsito para el público, bajo la responsabilidad de cada vendedor.

Este orden en el interior del mercado le dará á éste mejor aspecto y habituará al indio á sentarse en alto y á recibir al público de una manera más digna de su cul-

tura. La compra se hará con más comodidad y de una manera más conveniente. Todos los puestos deberán estar á cubierto de la intemperie por medio de tejados, para evitar ese hacinamiento de petates y trapos sucios que usan esas gentes para defenderse del sol.

La época es propicia para promover todas esas mejoras, para que un espíritu de ilustración sea siempre el criterio que dicte y adicione ciertas medidas de policía. Aprovechemos este veranita de paz y estas aceitunas.

